

dejaron de suscitar murmuraciones contra el nuevo soberano, especialmente de parte de aquellos, que bien hallados con las antiguas ideas, y negándose su entendimiento y rechazando su interés la admision de otras, propendían á censurar como peligroso para la religion todo lo que se encaminara á corregir inveterados abusos ó á disipar añejos errores. Y así no dejaron de difundir especies y sembrar misteriosos pronósticos sobre daños que había de causar á la fe religiosa un monarca y unos ministros que así empezaban favoreciendo aquellos hombres y aquellos libros.»

CAPÍTULO VII

Enseña gramática en Zaragoza. — Celo que en este ministerio despliega. — Cómo atiende á la santificacion de sus discípulos. — Introduce la seisena de San Luis. — Pasa de la embajada de Londres á la de París el conde de Fuentes. — Los Padres franceses acogidos en España. — Los Padres Cervantes y Eximeno en Segovia. — El conde de Aranda y el *Abbé Isidore*. — Carácter del marqués de Esquilace. — Impide que los enemigos de la Compañía indispongan al rey contra ella. — El P. Pignatelli colecciona documentos antiguos. — Su popularidad en Zaragoza. — Actitud de los obispos y del Papa ante la persecucion contra la Compañía. — Una carta del P. Pedro Calatayud. — Ministerios apostólicos del P. José. — El Padre de los ahorcados. — El motin de Madrid. — Sedicion popular en Zaragoza. — Pide el gobernador auxilio á los Padres. — Celo del P. Pignatelli durante el tumulto. — Caridad con los reos ajusticiados.

1763 — 1766

Deseosos los Superiores de que el P. Pignatelli no expusiera á nuevos peligros una salud, que tan provechosa podía ser á la Compañía y al bien de las almas, pensaron dejarle algun tiempo desocupado de todo oficio que exigiese fuerzas corporales, á fin de que con un completo reposo y los especiales cuidados de una exquisita medicacion se robusteciese del todo y se pusiera en aptitud de emplear fructuosamente los singulares talentos con que el cielo le había enriquecido, y él con su industria y diligencia tan bien había negociado. Sospechó el bendito Padre esta

determinacion de los Superiores; y se confirmó en su sospecha al ver que no se hablaba sino de que se cuidase, de que descansase, y dejados aparte los libros, se distrajera suavemente con lo que más en voluntad le viniese. Afligióse sobre manera el nuevo sacerdote al considerarse, decía él, como religioso á medias, puesto que se veía imposibilitado de emplear sus aceros en bien del prójimo.

Vuela, pues, con el corazon oprimido de dolor y congoja, en busca del Superior, y con toda la eficacia de su elocuencia le suplica que no le prive del consuelo de entrar á la parte con sus compañeros en las cargas comunes del colegio; que si bien no se creía capaz de ocuparse en ministerios de mucho lustre, tampoco se juzgaba tan impotente é inútil, que no pudiese dedicarse á alguno de ellos, siquiera fuese la educacion de los niños en una clase de gramática, la visita de enfermos en el hospital y de los presos en las cárceles. Y esto decía el suplicante con el tono de lástima é ingenioso ademan de quien se siente agobiado de pena y con la conviccion que le inspiraba su ardiente celo.

Movióse á compasion el Rector; y viendo que la cesacion de todo trabajo había de ser para jóven de tanta actividad mucho más perniciosa que una ocupacion moderada, quiso condescender con él destinándole á explicar el catecismo en las plazas los días de fiesta juntamente con los PP. José Doz y Pedro Las-Balsas, y á enseñar gramática en el mismo colegio de Zaragoza¹; y él se entregó á este ministerio con todas las fuerzas de su alma.

Desde luego miró á los niños como á personas que Dios le había encargado, y cuya santificacion corría á su cuenta; y con esta consideracion se animaba á cultivar aquellas inteligencias vírgenes y hacer que medrasen no menos en virtud que en letras. Bien es verdad que por lo tocante á estas poco tuvo que trabajar para sacarlos bien aprovechados; porque además de poseerlas él con una perfeccion más que mediana, era tal la estimacion y respeto que les merecía á todos, que no había motivo

¹ *Catálogos de la Provincia*, años 1764, 1765, 1766.

tan poderoso para inclinarlos á hacer cualquiera cosa que les mandase, por más difícil que ella fuese, como saber que era del agrado de su maestro: y por el contrario, nada les retraía tanto de hacer las que no eran convenientes, como el advertir que con ello se le ocasionaba displacer y disgusto. Granjeáronle este dominio sobre sus discípulos los finos modales y la suavidad con que siempre los trataba, acomodándose á los naturales y disposiciones de cada uno, y mostrándoles amor y cariño, de tal suerte, que cada uno creía ser él el preferido á los demás, aunque nunca daba muestras exteriores de singular predileccion con ninguno.

Cuando conocía que algun alumno ó por índole ó por vicio inveterado é incorregible perdía miserablemente el tiempo en los estudios, procuraba convencer á sus padres que se los hiciesen dejar, y le dedicasen á otra carrera, que él solía indicarles, para que no malgastaran inútilmente sus primeros años. El hecho siguiente pondrá de manifiesto lo mucho que podía en este particular la prudencia y sagacidad del P. Pignatelli.

Un jovencito, su discípulo, sacaba tan mala veta para el estudio, que ni las amonestaciones, ni los castigos llegaron á hacer la menor mella en su ánimo para inspirarle alguna aficion á los libros. Flojo y negligente sin igual, pasaba días, semanas y meses sin aprovechar nada; y durante las lecciones diarias, en lugar de atender, estabase él con la cabeza baja, de modo que no le viese el maestro, y solo se ocupaba en pintar monigotes y en borrajear papel. Advirtiolo el P. Pignatelli: llamó á su desaplicado discípulo; quien al verse descubierto, se llegó temblando á su maestro, temiéndose una severa repension; pero no sucedió así: porque fijándose el Padre en aquellos rasgos, y comprendiendo que el jóven tenía más disposicion para el dibujo, que para las ciencias, le despidió sin hablarle palabra, y luego llamó á su padre, y le dijo que era inútil cuanto se intentase para hacer que el niño aprovechara en las letras; que mejor haría en aplicarle á la pintura, para la cual descubria buenas disposiciones.

Agradó el proyecto al padre del niño: púsole en ejecución, y en pocos años hizo el joven tales progresos en aquella arte, que llegó á ser excelente pintor, y como tal fue llamado á la corte para ejercerla. Con el tiempo se grabaron no pocas de sus pinturas, y el autor se complacía en enviar copias de ellas al P. Pignatelli en su destierro, y se le confesaba agradecido deudor de todo el auge de su fortuna.

Pero en lo que más se esmeró el P. José, fue en formar los corazones de sus discípulos, aficionándolos á la devoción y piedad cristiana; porque tenía siempre delante de los ojos el fin de su instituto, que adopta la enseñanza de las letras no con el único fin de formar grandes letrados y sabios eminentes, sino buenos ciudadanos y cristianos fervorosos. Siempre atento á que no le escapase ocasion alguna de aprovechar en espíritu á sus alumnos, arrojaba de vez en cuando ciertas sentencias morales, que depositadas como semilla en tierra virgen y bien dispuesta, prendían en aquellas almas, y excitaban en ellas el amor de la virtud y el aborrecimiento del vicio. Escudriñaba sus inclinaciones y costumbres, á fin de conservarlas y mejorarlas, si eran buenas y loables, ó reformarlas y corregirlas, si eran libres ó viciosas.

Procuró fomentar entre ellos con gran diligencia y diferentes industrias la devoción al angélico joven San Luis Gonzaga: introdujo en Zaragoza la piadosa costumbre de santificar con devotas prácticas los seis domingos que preceden á la fiesta del Santo; para lo cual procuró que de Italia le enviasen el librito llamado de la seisena; el cual, traducido al castellano, hizo que se imprimiese y se repartiera con profusion. Y para que tal devoción fuese útil á toda clase de personas, pidió y obtuvo que se celebrase la función de la seisena en la iglesia pública del colegio.

Fue tan del gusto de los piadosos zaragozanos la nueva devoción ya desde los primeros años en que allí se estableció, que los fieles concurrían en gran número hasta el extremo de no haber en el templo. No fueron pocas las gracias y favores celes-

tiales obtenidos del Santo por sus nuevos devotos; y lo que hubo de serle á él más grato, fue la mudanza notable de costumbres que en la juventud de una manera particular se notó.

Por este tiempo honró el Rey al conde de Fuentes, hermano mayor del P. José, con la embajada de París, después que hubo desempeñado muy á satisfacción la de Londres. Sucedió D. Joaquín en aquella embajada al marqués de Grimaldi, y presentó sus credenciales á Luis XV en 26 de Febrero de 1764. Desde que se sancionó en 1761 el famoso Pacto de familia entre ambas cortes, era grande el prestigio del embajador de España en la de Francia, como quiera que se le concedía el puesto de honor entre todos los diplomáticos: no había para él puerta cerrada en palacio, ni día señalado para hacer la corte á la familia real, como para los otros embajadores lo estaban los martes; y finalmente pagábale el Rey casa en Versalles y en todos los sitios reales, y en ellos podía seguir ó no seguir á la corte, segun fuese de su agrado.

El Sr. Duque de Villahermosa, yerno del conde D. Joaquín, escribió en una hoja suelta de su Diario lo que sigue: «No se puede ponderar bien lo estimado que está Pignatelli en París. La Reina le dice que no quisiera se fuera nunca, y desearía tenerlo siempre consigo. El Rey le honra mucho; y porque dejó una noche de cenar, el Rey y la Reina le riñeron, temiendo no le hiciese daño. Generalmente todos le aman, estiman y veneran, y nadie habla mal de él. Es un hombre, en quien nada cae mal: todo en él es gracia¹.»

En este mismo año de 1764 gran número de jesuitas franceses, al ver disuelta la Compañía en Francia, buscaron un asilo en España. Como unos sesenta de ellos entraron en Guipúzcoa y Navarra, en donde fueron acogidos con gran caridad por los Padres castellanos. Era Provincial de Castilla el P. Francisco Javier Idiáquez: el cual deseoso de saber cómo se había recibido en la corte la entrada de estos Padres franceses en el reino, es-

¹ P. LUIS COLOMA, *Retratos de antaño*, Cap. III.

cribió al P. Estéban Bramier, confesor de la reina Isabel, madre de Carlos III, para que explorase el ánimo de su hijo. Cumplió su encargo el Padre confesor, y respondió al Padre Provincial diciéndole, que no ignoraba Su Majestad la entrada de los Padres franceses y la caridad que con ellos Su Reverencia había desplegado. Por tanto que estuviese tranquilo y prosiguiera socorriéndolos, mientras el rey no dispusiera lo contrario¹.

Esta benignidad con los Padres franceses fue acompañada de otra muestra de confianza con los españoles, que los aseguró de la estima de Carlos III. Acabábase de establecer en el antiguo Alcázar de Segovia el colegio de Artillería; y no solamente la dirección espiritual de los alumnos, sino también la enseñanza de las matemáticas, se confiaron á individuos de la Compañía. Fue nombrado director espiritual el P. Isidoro Cervantes, de la Provincia de Castilla, y profesor de matemáticas el P. Antonio Eximeno, de la de Aragon, el cual en 17 de Mayo de este mismo año de 1764 pronunció un elocuente discurso inaugural². Este favor fue más de apreciar cuanto que en Francia trabajaban con más ardor contra la Compañía sus enemigos, alcanzando Choiseul que Luis XV se decidiese por fin á sancionar la sentencia fulminada por el Parlamento, como en efecto lo ejecutó firmando el edicto en que se estatuyó lo siguiente: «La Compañía de Jesús no tendrá en adelante cabida en el reino y en los señoríos que me obedecen.» Registróse el edicto el 4.º de Diciembre de 1764.

Los adversarios de la Compañía en España, á pesar de la resistencia que hallaban en Carlos III á secundar sus inicuos planes, no desconfiaban de lograr al cabo sus intentos. Así lo revela una carta del conde de Aranda, cuyo original he tenido en mis manos, y está escrita desde París en 3 de Julio de 1775 al mencionado P. Isidoro Cervantes, con quien el conde

¹ P. NAVARRETE, *De viris illustribus* etc. *Vida del P. Idiáquez*, Capítulo XII.

² NAVARRETE, *Ibid.*

hubo de contraer amistad en el colegio de Segovia. En ella comienza así: «Mui Sr. mío: He recibido la de Vmd. de 1.º de Junio; que sin duda me han dirigido desde Leon los portadores respecto á que mudarian de idea sobre venir á Paris. Sin ser Propheta, y años ántes al crítico, llamaba yo á Vmd. *l'abbé Isidore*. Quién hubiera dicho, que no solo se verificaría, sino que yo avia de ser el que hiciese la fiesta. Nuestro proverbio español dice que en dando que el perro ha de rrabiar, rrabia. Todo el mundo dio en que el cuerpo Tiratino¹ no convenia. Yo así lo creo, y cada día más vivo persuadido de ello².»

En estas palabras manifiesta con toda claridad el conde, que sin poseer el don de profecía, sabía por conducto cierto que el P. Isidoro se tenía que transformar en Sr. Isidoro, esto es, dejaría de ser religioso; y esto le constaba «años ántes al crítico,» es á saber, al del extrañamiento de España, cuando estaba aún el rey tan ajeno de tal cosa, que parecía imposible que aquel preuncio del conde se debiese verificar, y cuando nadie pudiera prever que Aranda «avia de ser el que hiciese la fiesta.» Confesion preciosa y categórica es la del conde de la parte principal que tuvo en la expulsion de la Compañía de los dominios del rey católico.

Podría tal vez llamar la atencion de alguno el obstáculo insuperable que hallaban los enemigos de la Compañía en atraer á sus planes á Carlos III, cuyo nombre no suena en la historia de España sino como el del adversario más tenaz y cruel de los jesuítas. Para explicar la conducta de este monarca con la Compañía, tan diversa y contraria en los principios de su gobierno en España, de la que observó después hasta su muerte, es preciso conocer á las personas que le rodeaban. Cuando en 1759

¹ Corrupcion de Teatino: con este nombre llamaban á los jesuítas los filósofos.

² Más adelante daremos el texto íntegro de esta carta, indicando las razones que nos inducen á creerla dirigida al P. Isidoro Cervantes, y no al P. Isidro López, como dice el P. Coloma en sus *Retratos de antaño*, Capítulo XVI.

vino de Nápoles á España, llevó consigo desde aquel reino á D. Leopoldo de Gregori, marqués de Squillace (Esquilache), al cual introdujo el rey en el ministerio en calidad solo de Secretario de Estado del departamento de Hacienda, y después le nombró ministro de la misma. «Pero por estar muy particularmente en la gracia y privanza del rey,» dice el P. Manuel Luengo¹, «era el hombre que en aquel tiempo hacía más figura en la corte de Madrid, y se puede decir que lo mandaba todo, como sucede siempre al ministro favorito del soberano.»

«Este señor marqués», continúa dicho autor, «en su gobierno en España hizo muchas cosas perjudiciales á la nación. Era un hombre interesadísimo, que recibía francamente cuantos regalos se le hacían..... De su genio interesado nació el haber arruinado algunas célebres fábricas, como por ejemplo la famosísima de lino de Leon, porque eran perjudiciales á los extranjeros, que le pagarían muy bien este servicio..... En su tiempo se echaron nuevos tributos.» Pero «más que con todas las cosas dichas irritó Esquilache contra sí el ánimo de los españoles con una providencia perjudicialísima á las labranzas de las Castillas, que tomó en dos diferentes ocasiones.»

Tal es la pintura que hace el P. Luengo de D. Leopoldo de Gregori: de la fidelidad de ella responde la historia de aquel tiempo. Pero completa aquel Padre su cuadro con algunas noticias que en todas las historias, en cuanto recuerdo, se echan de menos. «Los enemigos de la Compañía,» dice, «el duque de Choiseul, ministro principal de Francia, y en Madrid el duque de Alba, Roda y el Padre confesor, tenían resuelta la ruina total de los jesuitas, y solicitaron para que entrase en la conspiracion y en el partido á este marqués de Esquilache, que se resistió á ello constantemente y con indignacion². No habiendo logrado ha-

¹ *Diario*, Tomo 19, Octubre de 1785.

² Escribe el P. NAVARRETE que para atraer á sí á Esquilache le pusieron delante las decantadas riquezas de los jesuitas, con las cuales podría aumentar el erario del reino. Rechazó indignado esta proposicion, diciendo que tales paparruchas solo podían proponerse al vulgo necio. (*Vida del P. Idiáquez*, Cap. XII).

cerle de su partido....., veían imposible sorprender y engañar al monarca hasta determinarle al destierro de la Compañía de sus dominios, mientras estuviese á su lado el marqués de Esquilache; pues segun la estimacion que tenía de él Carlos III, nunca llegaría á dar este paso sin consultarle, ni Esquilache dejaría entonces de decirle la verdad y desengañar al soberano. Terrible aprieto,» exclama con razon el P. Luengo, «para unos hombres tan furiosos y tan determinados á todo, aun á los medios y arbitrios más violentos, más impíos y más bárbaros para salir con la suya y oprimir á los jesuitas.» Hasta aquí el autor del *Diario*¹.

Entretanto que así conspiraban contra los jesuitas sus adversarios, seguían los Padres ocupándose tranquilos y sin temor en sus tareas acostumbradas. No era bastante la ocupacion continua de la clase para dar á la actividad del P. José todo el pábulo que necesitaba. Como por otra parte le habían prohibido los Superiores y los facultativos el estudio intenso de las ciencias, y en general le obligaban á no revolver libros; tuvo que ingeniarle en hallar trazas y medios para satisfacer su inextinguible hambre de estudio. Con este fin tomó por vía de distraccion, y de erudicion á la vez, el cuidado de coleccionar monumentos antiguos; y fue tan diligente en recoger medallas, monedas y manuscritos, que al salir de Zaragoza en 1767, pudo regalar una buena coleccion de dichos objetos á D. Ramon su hermano. Había tambien coleccionado en dos gruesos volúmenes multitud de documentos escritos en árabe por los moros durante la dominacion musulmana en el reino de Aragon. Con-

¹ El continuador de la *Historia de España* por el P. MARIANA, dice: «En Portugal se extinguió la Compañía; en Francia hizo lo mismo el duque de Choiseul en 1764, y preparaban la misma operacion en España Roda, ministro de Gracia y Justicia, y Campomanes, fiscal del Consejo de Castilla. Para lograrla se persuadió al P. Osma, confesor del rey, y que tenía mucho influjo, que jamás lograría la beatificacion del venerable Palafox, tan deseada de él, mientras existiese la Compañía.»